

MITO E HISTORIA:
INCURSIONES EN LA LEYENDA CANARIA
LA PARED DE ROBERTO

Sonia Petisco

Universidad de Granada

Manuel Poggio Capote

Real Sociedad Cosmológica, Santa Cruz de La Palma

RESUMEN

Una de las manifestaciones relativas a la literatura de tradición oral de la isla de La Palma (Canarias) que se encuentra pendiente de estudio es la referida a las leyendas. Durante la segunda mitad del siglo XIX, un destacado grupo de escritores rescató media docena de estas narraciones y las formalizó en algunas versiones impresas. Desde entonces, las mismas han quedado fijadas como el canon de leyendas «clásicas» de La Palma. Una de ellas es la que toca con la Pared del Diablo o de Roberto, en la Cumbre de los Andenes, en el borde superior del parque nacional de la Caldera de Taburiente. En la actualidad esta leyenda se mantiene como un relato trufado de contenidos románticos. Con el fin de profundizar en las raíces y la evolución de esta leyenda se realiza una descripción, inventario y análisis de las distintas versiones localizadas que abren nuevos horizontes de reflexión sobre cuestiones fundamentales en torno a conceptos como mito e historia, lengua y escritura, individuo y pueblo.

PALABRAS CLAVE: leyendas, literatura de tradición oral, diablo, Pared de Roberto, La Palma, islas Canarias.

ABSTRACT

«Myth and history: expeditions into the Canary legend *Roberto's wall*». One of the manifestations related to the oral literary tradition of the island of La Palma (Canaries) which remains under study is the legendary genre. During the second half of the nineteenth century, an outstanding group of writers rescued half a dozen of these stories and formalized them in some printed versions. Since then, they have been set up as the canon of «classical» legends of La Palma. One of them deals with the wall of the Devil or the wall of Roberto, at the Cumbre de los Andenes, on the upper edge of the National Park Caldera de Taburiente. Today this legend continues to be a story charged with romantic nuances. In order to deepen into the roots and evolution of this legend, we have carried out a description, inventory and analysis of the different discovered versions, opening new horizons of reflection on fundamental questions regarding concepts such as myth and history, language and writing, individual and people.

KEY WORDS: legends, oral literary tradition, devil, the Wall of Roberto, La Palma, Canary Islands.



Y nosotros, que pensamos en una felicidad
creciente, sentimos la emoción
que casi nos anonada
cuando algo feliz se derrumba

Rilke, *Elegías de Duino*, x, 110-114

1. INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia, una enorme e impresionante pared, quebrantada por su mitad y que simula estar construida de sillares, ha demandado la atención de los vecinos de La Palma (Canarias). Emplazada en un lugar estratégico, en las cumbres de la isla, en medio de un camino que transita entre la ciudad capitalina y las jurisdicciones del norte, la Pared de Roberto o del Diablo (como también se ha conocido, ver foto 1) ha sido siempre, inclusive desde los tiempos prehispánicos, un sitio de señalada observación. En un espacio desértico, peligroso y abrupto, parece que debe su nombre a la morfología del lugar, asociado, al igual que otros muchos sitios de apariencia similar, al Demonio o al averno. En las inmediaciones de este punto brotaba una planta a la que la cultura popular ha atribuido propiedades de enamorar o cautivar corazones. Según las noticias literarias procedentes del siglo XIX, este extraño vegetal presentaba forma de garra, apareciendo su marca grabada en alguno de los bloques de aquel misterioso muro. Con estos componentes (materiales, infernales y mágicos) subsiste un relato tradicional acerca de esta extraordinaria pared y su levantamiento por soplos diabólicos¹.

Como es bien sabido, una leyenda es una narración, transmitida celosamente de manera verbal y de generación en generación, en la que se recoge un suceso generalmente de breve extensión. La característica general de las leyendas es que se refieren a lugares precisos, bien localizados en el entorno, aunque ocurridos en un tiempo indeterminado. Además, normalmente, registran hechos e historias fantásticos, en ocasiones sobrenaturales, pero que se dan como ciertos o verídicos entre la población local². En este sentido, un estudio acerca del género legendario como el que pretendemos abordar a lo largo de estas páginas nos remite siempre a una situación mítica que favorece la recreación poética del mundo, adoptando forma rítmica y liberándonos del tiempo real, ese tiempo medido de los relojes y calendarios que se superpone a ese otro tiempo quizás más verdadero, un «ahora» inconcebible que escapa al cómputo y a la definición³.

¹ Agradecemos la colaboración en la preparación de este artículo a Francisco J. Martín Pérez, José G. Rodríguez Escudero, Ernesto Méndez Bravo, José Pablo Vergara Sánchez, Arnoldo Santos Guerra, Luis Regueira Benítez y Juan Gómez-Pamo Guerra del Río.

² Sobre estos conceptos véase: DÍAZ VIANA, 2008: 13-35; GARCÍA DE DIEGO, 1958: 3-61.

³ BUBER, 1949: 18; PUERTO, 2011: 23.





Foto 1. La Pared de Roberto o del Diablo.

Partimos por tanto del reconocimiento de que no solo existe una «memoria histórica», consistente en el registro de los hechos en sucesión, sino que hay también otro tipo de memoria que podríamos denominar «memoria mítica»⁴. Esta última emerge como recuerdo vivo de un estado paradisíaco donde no había ideación o espacialización del tiempo, donde no había futuro ni muerte, sino un continuo fluir o correr del tiempo semejante al flujo o devenir de los ensueños. Las leyendas en su origen parecen querer evocar esta segunda clase de memoria que, a su vez, entronca con la tradición oral, el sitio donde hablan cosas como la poesía antes de convertirse en literatura, o cosas como mitos, pre-historia, de los cuales, ya desde antes de Freud, se había establecido la comparación con los sueños⁵.

En la actualidad, en la isla de La Palma se conserva un notable conjunto de relatos legendarios. Casi en cada rincón de su geografía es posible oír alguna narración de esta clase. No obstante, desde mediados del siglo XIX, la fortuna literaria

⁴ GARCÍA CALVO, 1983: *in totem*.

⁵ La teoría psicoanalítica sobre la relación entre sueños, mitos y subconsciente se desarrolló con posterioridad en las obras de Carl Gustav Jung, Karl Kerényi, Otto Rank o Joseph Campbell; GARCÍA GUAL, 2014: 128.



ha dictaminado que solo media docena de ellos se hayan fijado en el imaginario colectivo, pasando a convertirse en mitos históricos, descritos o narrados, quedando el resto de referencias a esta saga en un segundo plano. Se trata de las leyendas de *La luz de El Time* (Tijarafe); *El salto del enamorado* (Puntallana); *La pared de Roberto* (Garafía); *Los dos brezos* o *La vuelta de los hermanos* (El Paso), más modernamente reelaborada en *Los dragos gemelos* de Breña Alta; *El alma de Tacande* (El Paso); y la isla de San Borondón. Ello se debió a la labor de una serie de poetas, eruditos e historiadores románticos como Antonio Rodríguez López (1836-1901), Juan B. Lorenzo Rodríguez (1841-1908), el folclorista peninsular Eugenio de Olavarría y Huarte (1853-1933), Pedro J. de las Casas Pestana (1856-1927), Elías Santos Abreu (1856-1937) y Antonino Pestana Rodríguez (1859-1938), que pusieron en letra impresa los expresados relatos y algún otro que, como anotábamos, no alcanzó a disfrutar de esta aceptación general⁶.

La leyenda de *La Pared de Roberto* es así ampliamente conocida en la isla de La Palma, utilizada invariablemente en publicaciones o excursiones turísticas, en numerosos sitios webs o, incluso, en reportajes televisivos⁷. En la práctica totalidad de las ocasiones la versión expuesta es idéntica, un resumen del texto que en 1900 publicó el médico y entomólogo Santos Abreu. De forma muy concisa la interpretación de Santos rememoró las citas amorosas en la cumbre de La Palma entre un indígena del cantón de Tagaragre (Barlovento) y una doncella perteneciente al partido de Aceró (Caldera de Taburiente). Sin embargo, una mañana, los jóvenes se vieron sorprendidos porque en lo alto de la isla, en el sendero que conducía a sus encuentros se había erigido, para su desconcierto y en tan solo una noche, una recia muralla. Al no conseguir traspasar el muro y suponiendo que aquella obra solo podía provenir del Diablo, el joven exclamó sin ningún efecto «¡Va el alma por pasar!», a lo que siguió el grito más comprometedor de «¡Va el alma y el cuerpo por pasar!». En ese instante, la pared se abrió y del seno de la tierra fluyeron elementos incandescentes que envolvieron al mancebo en una bola de fuego que atravesó la pared y rodó hasta el abismo. La joven también murió, siendo enterrada en las inmediaciones del lugar por unos pastores.

El relato publicado por Santos Abreu se revela como una versión excesivamente elaborada, a todas luces fuera de los esquemas de las narraciones tradicionales⁸. Su extensión, su excesiva trama y su cálido (o cándido) final convierten el texto de Santos en un cuento más que en una pieza del género legendario. Se contempla, incluso, más como una creación literaria de autor que como el registro de una tradición oral. Además, el texto, en su mismo vocabulario, parece alejarse del lenguaje

⁶ Sobre las leyendas canarias, véase MONROY CABALLERO, 2010; TRAPERO, 2000b.

⁷ Consúltese, solo a modo de testimonio, la guía turística realizada por María Victoria Hernández (El País-Aguilar, 1994, p. 132) o los audiovisuales de Antonio González (http://bienmesabe.org/bms/?q=tv_ejemplar&id=690) y Álvaro Morales (<https://www.youtube.com/watch?v=pNmdm2kO3Uc>).

⁸ Acerca de la reelaboración literaria de las leyendas durante el Romanticismo, véase JURASTI, 1986: 11-43.

popular que suele inspirar esta clase de narraciones, pues se sustenta en un discurso filosófico de sesgo platónico que mantiene la dicotomía entre «cuerpo» y «alma», nociones categóricas que son el fundamento del concepto de individuo (el *self*, como dicen los anglosajones) sobre el que se erige todo el pensamiento moderno occidental pero que de forma implícita le convierten en mito ya domesticado, infiel a la voz del pueblo⁹. Por todo esto se antojaba perentoria una depuración del relato que condujese a versiones más primitivas, emanadas de esa aludida «memoria mítica» o pre-histórica.

El propósito de este artículo es, por tanto, el de acometer un primer análisis de la leyenda de *La Pared de Roberto* ofreciendo la descripción y edición de las interpretaciones o versiones que se han logrado recoger de la misma, todas ellas pertenecientes al siglo XIX. A la par, se glosarán estos textos, estableciendo sus aportaciones e introduciendo algunas apostillas que ayuden a comprender la evolución de la leyenda hasta la versión que disfrutamos en la actualidad. El resultado únicamente intentará ofrecer una panorámica de este antiguo relato, uno de los más divulgados y señalados del patrimonio inmaterial de Canarias y que nos secundará en este itinerario de indagación en el universo mítico del archipiélago.

2. EL MARCO GEOGRÁFICO: LA CUMBRE DE LOS ANDENES

Al igual que la gran mayoría de las narraciones legendarias, *La Pared de Roberto* se desarrolla en un lugar muy específico. En la actualidad, el muro o lienzo al que se refiere el relato puede observarse partido en dos; se trata de una cresta basáltica de unos 165 centímetros de espesor y entre unos seis y diez metros de altura y que presenta la imagen de una muralla levantada con bloques artificiales. Cabría recordar que la isla de La Palma ofrece un territorio muy escabroso y accidentado. Con una superficie de tan solo 708 km², las cumbres isleñas alcanzan una altura de 2426 metros. En el tercio norte de la isla se localiza una gran depresión de origen erosivo, la Caldera de Taburiente, de la que parte una cordillera dorsal que divide La Palma de norte a sur, denominadas Cumbre Nueva y Cumbre Vieja.

La pared de Roberto se encuentra en el borde norte de la mencionada Caldera de Taburiente, en uno de los ejes viales vertebradores de la isla. En concreto, en el camino real que transitaba entre la capital insular y las jurisdicciones municipales de Garafía, Puntagorda y, en menor medida, el término de Tijarafe. Hasta bien entrado el siglo XX, en el que se construyeron las modernas carreteras, el camino de la cumbre era casi el único (el más corto y más cómodo) entre Santa Cruz de la Palma y los partidos del norte y noroeste de la isla. Incluso, esta intrincada orografía de La Palma invitaba a que, con frecuencia, las comunicaciones interiores se efectuaran por mar, en una navegación de cabotaje tanto de pasajeros como de mercancías. El camino hasta los términos de Garafía y Puntagorda transcurría, pues, irremediabilmente

⁹ BREDLOW, 2003: 9.



por medio de la pared, convirtiéndola en un hito natural de obligada referencia. En este punto, además, el trazado del camino se aproximaba al borde interior de la Caldera de Taburiente, revistiendo su tránsito de cierta peligrosidad.

A comienzos del siglo XIX, el historiador y naturalista José de Viera y Clavijo (1731-1813) describía dicha silueta en los siguientes términos: «No es menos admirable aquella muralla o pared que la Naturaleza fabricó en el filo de la misma cumbre que divide la isla en dos declivios. Parece hecha de piedra suelta, bien tajada y bien encadenada teniendo en partes como dos varas de ancho; y a no ser un portillo natural, no se podría transitar fácilmente de una banda a otra»¹⁰. Ya en su periplo científico a Canarias en 1867 impresionó al geólogo y paleontólogo alemán K. von Fritsch (1838-1906) y, más tarde, a la viajera británica Olivia M. Stone (1855-ca. 1895), quien en 1887 la glosó como «la formación más curiosa de todas y que tiene que haberle resultado misteriosa a la mente de los isleños ya que la llaman “Pared de Roberto”, es una pared inmensa que desciende hacia La Caldera, de entre un pie y medio y dos pies de grosor; (...) podría ser la Idafé que adoraban los antiguos habitantes»¹¹.

Por último, importa subrayar que el anecdotario de esta leyenda se ha mantenido activo hasta fechas recientes. Así, la remembranza de Román Pérez Sánchez, cabrero de profesión, relata cómo en una ocasión, hacia 1940, en su recorrido por este lugar oyó el «rugir de unas lajas»; aunque el incidente no tuvo más trascendencia, el informante señala que aquel ruido le sobresaltó, provocándole miedo «por cuentos oídos de muchacho referentes a la Pared de Roberto»¹².

3. ANTECEDENTES, VERSIONES Y COMENTARIOS

Llegados a este punto, debe recalcarse que aparte del texto reseñado más arriba, de Santos Abreu, ampliamente difundido en la actualidad, la leyenda de *La Pared de Roberto* ha contado con cerca de media docena de versiones expedidas a lo largo del siglo XIX, redactadas por algunas de las personalidades locales más relevantes (literatos, científicos, eruditos e historiadores). El contenido de todas ellas es como sigue a continuación¹³.

¹⁰ VIERA Y CLAVIJO, 1942: 155-156, v. I.

¹¹ STONE, 1995: 367, v. I. En el original inglés, Olivia M. Stone la denomina «Para de Roberto». Todo parece apuntar a que el traductor se ha tomado la licencia de corregir este error ortográfico que probablemente se deriva de una fallida asimilación fonética por parte de la autora inglesa del término español.

¹² ARCHIVO GENERAL DE LA PALMA, Fondo Néstor Pellitero Lorenzo, Encuesta sobre pastoreo en la Cumbre (ref. 4b). El informante, Román Pérez Sánchez, nació el 28 de febrero de 1922; el hecho relatado sucedió mientras efectuaba el servicio militar obligatorio.

¹³ Consúltense para cada uno de los textos el apéndice que cierra este artículo.



a) BENIGNO CARBALLO WANGÜEMERT (1862)

El antecedente más remoto de la actual leyenda de *La Pared de Roberto* se debe al economista y escritor Benigno Carballo Wangüemert (1826-1864). En 1862, en su libro *Las Afortunadas: viaje descriptivo a las islas Canarias*, Carballo recoge algunas noticias de un romance perdido relativo a los afectos de los príncipes indígenas Tanausú y Acerina junto a las pretensiones amorosas de un tercero, Mayantigo¹⁴. Compila este profesor de la Escuela de Comercio de Madrid que, encontrándose Acerina en la cumbre de la isla, morando en una cueva, en unión de sus padres, hicieron allí los dos enamorados indígenas el pacto de que el rechazado no se alzaría en guerra contra el elegido. Así las cosas, Acerina levantó la mano de Tanausú, anotando Carballo que el romance puntualizaba las emotivas lágrimas de Mayantigo, cuya gotas cayeron hasta el fondo de La Caldera. Aunque no se trata de versión alguna de la leyenda de la Pared de Roberto, no cabe duda que los datos y detalles aportados por Carballo evidencian algunos vínculos con la versión citada de Santos, desglosada en las líneas de introducción.

b) ANTONIO RODRÍGUEZ LÓPEZ (1863)

El primero de los registros auténticamente referidos a la leyenda, no obstante, fue el hilvanado por el poeta, dramaturgo, periodista y ensayista Antonio Rodríguez López. En las páginas del periódico local *El Time*, entre el 16 y el 23 de agosto de 1863, dio a conocer el relato¹⁵. La tradición recogida por Rodríguez señala que una noche Satanás y un diablo llamado Roberto comenzaron a construir una pared en este paso de la cumbre con el fin de cerrar el acceso a los vecinos de La Palma. La llegada del día, sin embargo, truncó la empresa debiendo ambos demonios tener que abandonar el muro. Satanás, rabioso, imprimió la huella de una de sus garras en la pared como si se tratase de arcilla blanda para dejar testimonio de su presencia.

Las explicaciones que proporciona Rodríguez López para la plausible credibilidad que entre los campesinos tenía entonces la leyenda se encontraban en varios elementos: el efecto de la luz que hacía palidecer la tez a unas determinadas horas y aumentaba el terror de los caminantes: «Pavorosas visiones de caballeros convertidos en alimañas»; o la libresca búsqueda del nombre de Roberto dado que no aparece en la demonología cristiana y que atribuyó a la leyenda medieval del hijo del Duque de Normandía. Finalmente, Rodríguez López menciona algunas cualidades mágicas de la historia cuando menciona que en los alrededores del muro crece una planta con apariencia de garra (de Diablo) que tiene la propiedad de apasionar a los individuos.

¹⁴ PÉREZ VIDAL, 1987; TRAPERO, 2000a.

¹⁵ RODRÍGUEZ LÓPEZ, 1863. Reproducida por Juan B. Lorenzo Rodríguez en *Noticias para la historia de La Palma*; véase LORENZO RODRÍGUEZ, 1975-2011: 293-294, v. III.



c) JUAN ANTONIO CARPINTERO MOURILLE (1863)

Mucho más pragmática es la versión del religioso de origen gallego Juan Antonio Carpintero Mourille (ca. 1806-1872), reflejada en una misiva fechada el 29 de agosto de 1863 y dirigida a Antonio Rodríguez López, pocos días después de la publicación de las dos partes de su artículo en *El Time*. Señala el padre Carpintero, antiguo miembro de la orden seráfica y último guardián del convento franciscano de la Inmaculada Concepción de Santa Cruz de la Palma, antes de la desamortización y supresión definitiva en 1835, que había tomado los datos enviados a Rodríguez de un papel llegado a sus manos. Cabe recordar, asimismo, que una vez exclaustro, Carpintero Mourille fue beneficiado de la parroquia de Puntagorda (término en el que, además, compró una hacienda) y cura párroco de la iglesia de san Blas de la Villa de Mazo, a cuya feligresía arribó en 1858 y donde permaneció hasta el año de su muerte, 1872. En Mazo, por ejemplo, en 1869, fue miembro de la Junta Local de Primera Enseñanza. Persona leída y portador de un buen bagaje cultural, el padre Carpintero conoció en Mazo el artículo sobre la Pared de Roberto de Rodríguez López, un paso que frecuentó con asiduidad durante una veintena de años en sus viajes hasta la jurisdicción de Puntagorda.

En su explicación, Carpintero no identifica ningún hecho extraordinario limitándose a referir dos anécdotas. La primera es que el nombre de Roberto se debía simplemente a un pastor que, como alarde de sus habilidades, se paseaba de un extremo a otro por el borde superior del muro. La segunda es que el muro se encontraba cerrado y que fue abierto de orden del alférez Sebastián Lorenzo del Castillo por varios peones. A tenor de la nota examinada por Carpintero, tras el nombramiento de Sebastián Lorenzo como alcalde de Los Llanos, debió trasladar su domicilio desde Puntagorda hasta el valle de Aridane, dejando en el término norteño a su mujer. En ocasiones, cuando debía acudir a Santa Cruz a tratar diferentes asuntos, una vez solventados, tomaba la ruta de la cumbre para ver a su esposa, debiendo atravesar Los Andenes. Como la Pared de Roberto se hallaba clausurada y debía ayudarse en su tránsito de dos peones para su paso, optó hacia 1700 por el derribo del muro.

d) ANTONINO PESTANA RODRÍGUEZ (ca. 1895)

La tercera de las versiones examinadas se debe al funcionario, historiador y papalista Antonino Pestana Rodríguez, quien, debido a su cargo de secretario del Ayuntamiento de Garafía, conoció a través de los vecinos este tema de primera mano. Cabría recordar que Pestana llevó a cabo un ingente trabajo de copista que le permitió, por ejemplo, disponer de una compendiosa colección de traslados documentales desde el siglo xv hasta inicios del xx. En este terreno, Antonino Pestana compiló extractos y transcripciones de documentos eclesiásticos, municipales y privados o dejó notas que abarcaban ámbitos temáticos como sociedad, economía, literatura, historia o las tradiciones. Así lo evidencian los datos relativos al origen de la leyenda de la Pared de Roberto. Dice Pestana, muy lacónico, que la leyenda se inspira en una joven que fue a buscar a aquel lugar algunas matas de la planta



namorada con el fin de conseguir cautivar a un joven, pero que lamentablemente resbaló y se precipitó matándose al fondo de La Caldera. El erudito historiador elude todo comentario sobre el nombre u origen de la Pared de Roberto, siendo lo más probable que se limitase a registrar el relato escuchado a vecinos de Garafía, no contradiciendo tampoco la versión de Rodríguez López.

e) ELÍAS SANTOS ABREU (1900)

Por último, consta la versión del médico y entomólogo Elías Santos Abreu y que parece ser una refundición de muchos de los textos mencionados con anterioridad. El relato, publicado inicialmente en la prensa local de Santa Cruz de la Palma en 1900, se volvería a editar un año después en La Orotava y, al menos, como cita Manuel Henríquez Pérez, también en 1928, en Madrid, en una revista de la comunidad canaria¹⁶. En la actualidad, el relato expuesto por Santos (descrito en el epígrafe introductorio) goza de un enorme éxito.

La historia de Santos explica los amores de un indígena de la facción del cantón de Tagaragre (Barlovento) y una joven procedente del de Aceró (Caldera de Taburiente) y cuyos encuentros frecuentaban la cumbre de La Palma. Recordemos que un día, los amantes se encontraron con la erección de un gigantesco muro que les cortaba el paso. Al verse incapaz de franquear aquella barrera e infiriendo ser obra del Diablo, el joven gritó «¡Va el alma por pasar!». Al no surtir efecto, gritó de nuevo, «¡Va el alma y el cuerpo por pasar!». En ese momento, la pared se abrió por su mitad, fluyendo materiales incandescentes, muriendo el muchacho y atravesando la pared en una masa de fuego que cayó por el precipicio. La joven indígena apareció muerta, siendo sepultada por unos pastores que la enterraron en las inmediaciones. Sobre el lecho de la infortunada doncella surgió la flor el *pensamiento de la Cumbre* o *Viola palmensis*, cuyos pétalos, anotó el célebre entomólogo, eran del mismo color azul que los ojos de la joven.

La fortuna de esta flor ha querido que, desde 1975, el escudo del cabildo insular incluyera en su borla la representación de cinco *violas palmensis*. Se trata de un endemismo de La Palma, una pequeña planta de alta montaña (crece entre los 1900 y 2400 metros) que únicamente se localiza en la zona que bordea la Caldera de Taburiente. La floración en tonos malvas y amarillos es entre finales de abril y mayo¹⁷. Aunque fue citada por primera vez en 1836 por Webb y Berthelot en su *Histoire Naturelle des Îles Canaries*, es indudable el interés de Santos Abreu por la botánica local. Como señaló Henríquez Pérez, su biógrafo, «la isla patria le atrae con llamada impaciente y misteriosa para ofrendarle el tesoro de su flora y su fauna más diminuta, aún por estudiar y clasificar»¹⁸.

¹⁶ HENRÍQUEZ PÉREZ, 1956: 11-33.

¹⁷ SANTOS GUERRA, 1983: 223.

¹⁸ HENRÍQUEZ PÉREZ, 1956: 11-33.



4. DESGLOSE DE LA LEYENDA SEGÚN LOS AUTORES LOCALES

Hasta aquí el resumen de las cinco versiones o interpretaciones localizadas de la leyenda, algunas de las cuales ven ahora por vez primera la letra impresa. De un modo sintético las aportaciones de cada uno de estos autores podrían secuenciarse de la siguiente manera:

a) BENIGNO CARBALLO WANGÜEMERT (1862)

- 1.º) Los príncipes indígenas Tanausú y Mayantigo se enamoran de Acerina.
- 2.º) Acerina está viviendo en una cueva en la cumbre la isla.
- 3.º) Entre los dos enamorados acuerdan un pacto pacífico para acatar la elección de Acerina.
- 4.º) Acerina escoge a Tanausú.
- 5.º) Las sentidas lágrimas del rechazado Mayantigo llegan al fondo de la Caldera de Taburiente.

b) ANTONIO RODRÍGUEZ LÓPEZ (1863)

- 1.º) Satanás y Roberto comienzan la construcción de una pared.
- 2.º) El fin de este muro es impedir el paso de los transeúntes.
- 3.º) Amanece y deben dejar la obra inconclusa.
- 4.º) Satanás, enfadado, dejó su garra grabada en la pared como huella de sus intenciones.
- 5.º) En los alrededores del muro crece una planta en forma de garra.
- 6.º) Esta planta tiene la propiedad de enamorar.

c) JUAN ANTONIO CARPINTERO MOURILLE (1863)

- 1.º) Roberto es un acrobático pastor que atraviesa la pared de un lado a otro.
- 2.º) El alférez y vecino de Puntagorda Sebastián Lorenzo del Castillo es nombrado alcalde de Los Llanos.
- 3.º) Sebastián Lorenzo debe acudir en ocasiones a Santa Cruz de la Palma.
- 4.º) De vuelta a Los Llanos pasa por Puntagorda para visitar a su esposa.
- 5.º) En este trayecto Lorenzo debe transitar por el peligroso desfiladero que existe junto a la Pared de Roberto.
- 6.º) Ordena el derribo de aquella pared conocida por el nombre del pastor-equilibrista Roberto con el objetivo de pasar por aquel punto con mayor seguridad.



d) ANTONINO PESTANA RODRÍGUEZ (ca. 1895)

- 1.º) Una joven de Garafía se halla enamorada de un joven pero no es correspondida.
- 2.º) La joven busca la planta namoradera en la cumbre de La Palma para cautivar a su pretendido.
- 3.º) En la cumbre, la joven resbala y se mata precipitándose a la Caldera de Taburiente.

e) ELÍAS SANTOS ABREU (1900)

- 1.º) Un joven indígena de Barlovento y una joven proveniente de la Caldera de Taburiente citan sus encuentros amorosos en la cumbre.
- 2.º) Una mañana, los jóvenes se ven sorprendidos por la construcción de una pared.
- 3.º) Al considerarlo demoníaco, el joven vende su alma para vencer aquel obstáculo y encontrarse con su amada.
- 4.º) Al no conseguir nada, el joven vende su alma y su vida (su cuerpo) por traspasar el muro.
- 5.º) La pared se abre y una bola de fuego arrastra al joven muerto hasta el fondo de la Caldera de Taburiente.
- 6.º) La joven muere ese mismo día en los alrededores y es enterrada por unos pastores.
- 7.º) Sobre la tumba de la doncella brota la flor *Viola palmensis* o *pensamiento de la Cumbre*. Los pétalos de esta flor son del mismo color de los ojos de la desdichada joven.

5. EL RELATO: UNIDAD Y CONTRASTE

Consideradas las cinco versiones que emanan de la leyenda (incluyendo los datos aportados por Carballo y que no se centran de modo concreto en la misma), es conveniente abordar un estudio de sus elementos cardinales: el emplazamiento en el que se desarrolla, el enigmático nombre de Roberto, las diversas interpretaciones que se le han atribuido o la evolución de la narración entre los autores palmeros.

–*El lugar*

En primer término, el sitio en el que se ubica la Pared de Roberto, en la cumbre de Los Andenes, ha sido un punto clave en la economía de La Palma y en el que deben tenerse presentes dos aspectos. De una parte, que es un lugar estratégico en la comunicación interior de la isla. Según el padre Carpintero, ello fue lo que propició su derribo hacia 1700 por el alférez Sebastián Lorenzo del Castillo. De otra, este sitio y las propias singularidades geológicas de la pared lo han convertido en una referencia tanto geográfica como cultural para los isleños de todos los tiempos. La pared, incluso, como se ha subrayado, ofrece la envoltura de una construcción artificial.



Un aspecto muy interesante es el apelativo con el que se designa al Diablo y, por consiguiente, a la leyenda: *Roberto*. El expresado nombre parece relacionarse, como establece Rodríguez López, con la leyenda medieval de Roberto I de Normandía (1004-1035), también conocido como *Roberto el Liberal*, *Roberto el Diablo* o *Roberto el Magnífico*¹⁹. A grandes rasgos, la leyenda de *Roberto el Diablo* recoge la historia de Huberto, duque de Normandía, casado con una hija del duque de Borgoña. Se cuenta que el duque Huberto, desesperado por la esterilidad de su esposa, prometió al Demonio que si consiguiese descendencia le entregaría su primer hijo. Al poco, nació un niño a quien llamó Roberto. Desde su infancia, el heredero del ducado se mostró violento e irascible y, cuando su padre, cansado de tanta maldad, optó por su persecución y castigo, el joven Roberto arregló una escurridiza banda de ladrones y asesinos. Más tarde, la duquesa le contó a su hijo el origen infernal y el pacto familiar con el Demonio. Abatido, Roberto marchó a Roma, donde confesó, se arrepintió de las vilezas cometidas y durante la penitencia impuesta llegó a salvar al emperador de los musulmanes, casándose con una hija de aquel. La leyenda concluye con el retorno pacífico de Roberto y su esposa a Normandía²⁰.

En cierta manera, Roberto, como heterónimo del Diablo, quedó fijado en la cultura europea²¹. Tras la conquista del archipiélago canario, la historia bien pudo arribar desde múltiples y variados canales. Recuérdese, por ejemplo, que los primeros conquistadores junto a algunos de los primigenios colonos de Canarias procedían de Normandía. Entre 1402 y 1405, una expedición normanda liderada por Jean de Béthencourt (1362-;1425?) y Gadifer de la Salle (1340-1415) y conformada por caballeros, religiosos y otros auxiliares conquistó para la corona castellana las islas de Lanzarote, Fuerteventura y El Hierro²².

Lo cierto es que el nombre propio de Roberto es en extremo muy raro en La Palma. La cuestión señalada por el clérigo Carpintero Mourille en relación con el derribo hacia 1700 y origen del nombre de la pared es una incógnita. De momento poco se puede aportar a este interrogante. Se sabe que Sebastián Lorenzo del Castillo era un alférez de milicias. Aparece, por ejemplo, catorce veces como testigo en el libro segundo de matrimonios de la parroquia de los Remedios de Los Llanos. Sin embargo, no ha sido posible localizar su posible matrimonio ni en Puntagorda, ni en otra feligresía de la isla. Únicamente se ha podido fijar con los mismos apellidos a Lucía Lorenzo del Castillo (1688-1747), mujer de José Fernández de Medina (1686-

¹⁹ RODRÍGUEZ LÓPEZ, 1863: II, 3-4.

²⁰ Una versión periodística de la leyenda normanda contemporánea a los escritores locales de La Palma puede consultarse en: «Roberto El Diablo». *Semanario pintoresco español*, núms. 109-110 (Madrid, 1838), 544-545 y 555-556.

²¹ Existe una ópera titulada *Robert Le Diable* (1831), con música de Giacomo Meyerbeer (1791-1864) y libreto en francés de Eugène Scribe (1791-1861) y Casimir Delavigne (1793-1843) que, aunque basada en la leyenda normanda, guarda pocas similitudes con la misma.

²² *LE CANARIEN* 1959-1965.



1755), fundador de la ciudad de Montevideo. De la existencia del cabrero Roberto no hay prueba documental. Dicho nombre solo se ha podido consignar en un par de ocasiones durante el siglo XVII. Se trata de Roberto Fernández de Aguiar (1607-?) y de su hijo Juan Roberto Fernández de Aguiar Escudero (1635-?), pertenecientes a las clases acomodadas y que ningún vínculo guardan con los oficios pastoriles. Quizás, en el caso de ser cierta la versión o parte de la noticia de Mourille, se tratase de un apodo o *nombrete*, tan comunes en La Palma²³.

En igual modo al nominativo de Roberto, cabría conjeturar sobre los nombres que pudo portar la pared. En este sentido, es factible que con anterioridad, de manera paralela a la designación de Roberto, el paso o desfiladero haya recibido la denominación de «Diablo» u otra similar. De ello proporciona tangencial testimonio Viera y Clavijo al denominarla «Pared de Roberto del Diablo»²⁴. También, el mencionado viajero y científico germano K. von Fritsch había llevado a cabo una descripción de la pared aludiendo a ella con el epíteto de «Diablo» (*die Teufelswand*)²⁵. Importa resaltar que, generalmente, en la interpretación popular de la geografía, un accidente natural, grande e «impenetrable» se imputaba a causas del averno. Por contraste, las zonas más placenteras y sin peligro eran debidas a influencias benignas. Todo ello ha sido producto de la lógica judeocristiana en la que la percepción del mundo se hallaba en una confrontación entre las fuerzas favorables-celestiales y las desfavorables-infernales. Así, con frecuencia, los topónimos de *Diablo*, *Infierno* y otros similares califican a accidentes orográficos caracterizados por su aspereza y peligrosidad. Acantilados, riscos y cuevas importantes se suponían «gobernados» por fuerzas malignas. De ahí los nombres, en Tenerife, de barranco del Infierno (Adeje) o Muralla del Diablo, designación primitiva del acantilado Los Gigantes (Santiago del Teide). En La Palma, por su parte, una cueva de la costa de Puntagorda era llamada, al menos desde finales del siglo XVII, como del Infierno²⁶ y otra, con idéntica denominación en el litoral de La Galga (Puntallana).

Queda, de esta manera, esbozada la cuestión del empleo del prosopónimo Roberto para referirse al Diablo. No en vano, tanto pudiera tratarse de una denominación arcaica, introducida por los colonos normandos y enlazada a la célebre leyenda de su recordado duque o, por el contrario, en igual forma, podría relacionarse con una formulación más reciente y de temperamento culto²⁷.

²³ En la base de datos de genealogía Genlapalma, que dirige el profesor Francisco J. Martín Pérez (con la ficha de casi 75 000 individuos), durante el siglo XVII el nombre de Roberto solo aparece las dos veces mencionadas.

²⁴ VIERA Y CLAVIJO, 1942: 155, v. I.

²⁵ FRITSCH, 2006: 77 y 236. En la nota aclaratoria confróntense la descripción que los traductores realizan de la leyenda de *La Pared de Roberto* dado que es errónea.

²⁶ POGGIO CAPOTE, MARTÍN PÉREZ Y LORENZO TENA, 2014: 114-115.

²⁷ En la villa de Betancuría (Fuerteventura), cuyo nombre toma del mencionado caballero normando Jean de Béthencourt, se localiza una leyenda que cuenta cómo san Diego de Alcalá (1400-1463), durante su estancia en la isla, fue tentado por el diablo, a quien más tarde consiguió atar pero que, posteriormente, un imprudente vecino desató. Sin embargo, en ningún momento el Diablo es llamado Roberto. Véase: CULLEN DEL CASTILLO, 1984: 191-192.



Como se ha comprobado, las narraciones que se le han proporcionado a la leyenda han sido varias y contradictorias. Tres interpretaciones se conjugaron por los autores locales decimonónicos. La primera sería el cariz fantástico o diabólico, expuesto por el literato romántico Antonio Rodríguez López y el científico Elías Santos Abreu, y que dan fe de la credulidad de los palmeros en los poderes sobrenaturales de la figura demoniaca ya desde la época indígena. Este último, además, enriqueció y extendió el relato inspirándose en algunos datos publicados por Carballo Wangüemert o su propias investigaciones botánicas sobre la flora insular (de ahí la referencia al *pensamiento de la Cumbre*). En segundo término, se dispondría de la vertiente evasiva, irónica y práctica. Se trata de la consignada por el párroco Juan Antonio Carpintero, que, llanamente, afirma que este muro fue derribado de una manera intencionada y debía su nombre a un pastor llamado Roberto. Por último, quedaría la versión interpretativa que realiza el papelista e historiador Antonino Pestana, quien quizás, dado su positivismo, se sujetó a los testimonios orales oídos en Garafía, donde vivió como secretario municipal.

Es necesario, además, tener presente que en el archipiélago canario, más que con las leyendas, las capas populares de la sociedad se han deleitado con las historias contenidas en los romances²⁸. Ya fueran recitados o cantados, los romances han servido como un libro oral para describir hechos y sucesos, pero también como un intento de hacer resucitar —a través de la música, el ritmo, o el verso— algo de aquello que podía haber de recordación viva, de reminiscencias de lo tal vez nunca vivido, de eso que estaba por debajo del dominio de las ideas históricas²⁹. Mejor que las leyendas o los cuentos, en Canarias, los romances han contribuido a avivar la imaginación de niños y adultos. Si por algo nos fascinan es por su estrecha vinculación con la vida misma de la palabra antes de su sometimiento a la escritura y, por ende, al esquema temporal marcado por la propia linealidad del discurso. Las diferencias entre unos y otros son sustanciales: mientras en el romance la «creación» depende directamente de la «ejecución», las leyendas, en contraposición, disponen de un «objeto» alrededor del cual se teje una «narración». En cualquiera de los dos casos, en ninguno existe garantía de fidelidad (que es para lo que nace la letra escrita), pudiendo presentar, tanto los romances como las leyendas, muy distintas variantes. El pueblo, indefinido e incontable, es el que habla. Ese sería el caso de *La Pared de Roberto*.

²⁸ CATALÁN, 1969: I, 3-46; PÉREZ VIDAL, 1987: 9-57.

²⁹ Ya Heidegger afirmaba que poetizar es «recordar». Una rememoración, la *anamnesis*, que se preocupa por sustraerse del tiempo humano y que es del orden del instante, no de la sucesión. No podemos olvidar que tanto «re-cordar» como «a-cordarse» albergan la sílaba *cor* —o el *Ker* griego—. Albergan el «corazón» y remiten al «recordar original» que es el «recordar del origen». MUJICA, 1995: 29 y 120.



En igual manera, es conveniente detenerse, aunque sea someramente, en el proceso mutativo de la narración. El nombre de Roberto aparece registrado por vez primera en el *Diccionario de historia natural* de Viera y Clavijo, en las primeras décadas del siglo XIX. Más tarde, el primero de los autores que deja su contenido fue el poeta y ensayista romántico Rodríguez López, quien en 1863 habló de la construcción diabólica para impedir el paso de los palmeses dejando la firma de su obra en una garra grabada en el muro y, quizás, en una planta que crece en las inmediaciones y que posee la virtud de enamorar. Ese mismo año, en respuesta privada al artículo de Rodríguez, Carpintero ofrece una perspectiva lógica, eliminando cualquier vestigio diabólico y limitándose a reseñar que se trató de una intervención técnica la que abatió el muro. A finales del siglo XIX, Pestana Rodríguez, con una visión positivista, simplifica aún más el relato de Rodríguez López, eliminando las alusiones al Diablo. No obstante, Pestana recoge la desdicha de una joven enamorada que se precipitó al abismo. Finalmente, el botánico y escritor Elías Santos Abreu toma datos del romance recogido por Carballo en 1862, así como de las versiones aportadas por Rodríguez López y Pestana para componer su relato.

No cabe duda, de esta manera, que el relato publicado por Santos se emparenta con los textos de otras leyendas que desde Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870) circulaban por entonces en la península. Se trata de un texto cargado de romanticismo, en el que se pretende poner la narración de *La Pared de Roberto* a la altura literaria (por ejemplo, en los intérpretes, trama o extensión) de los relatos que entonces se publicaban como leyendas en la España continental, inspirados a su vez en los cuentos de hadas (*Märchen*) que en esta época, y ya desde el siglo XVIII, proliferaban entre los círculos literarios europeos, especialmente en Francia y Alemania³⁰. Incluso, Santos retrotrae la historia a la época idílica de los indígenas, en cuyas estampas gustó de recrearse el romanticismo canario.

De forma secuencial, las raíces del relato publicado por Santos pueden observarse de la siguiente manera:

- 1.º) Un joven indígena de Barlovento y una joven de la Caldera de Taburiente enamorados se citan en la cumbre de La Palma.
[a] Carballo: 1.º) Tanausú y Mayantigo enamorados de Acerina; 2.º) Acerina está viviendo en una cueva en la cumbre de la isla].

³⁰ Baste con recordar los cuentos de hadas de Perrault, la condesa de Aulnoy, J.A. Musaeus, o los *Kinder und Hausmärchen*, de los hermanos Grimm, publicados en 1814. Dos años después de la aparición de esta colección de cuentos, los Grimm definirían el *Märchen* como «narración poética» frente a la saga o «narración histórica». Véase JUARISTI, 1998: 68.



- 2.º) Una mañana se ven sorprendidos por la construcción de una pared.
[b] Rodríguez López: 1.º) Satanás y Roberto construyen una pared; 2.º) El sentido del muro es impedir el paso de los transeúntes].
- 3.º) Al considerarlo demoníaco, el joven vende su alma para pasar; y 4.º) Al no conseguir nada, el joven vende su alma y su vida (su cuerpo).
[b] Rodríguez López: cita al hijo del Duque de Normandía, Huberto, quien prometió al Diablo su primer hijo a quien llamó Roberto].
- 5.º) La pared se abre y una bola de fuego arrastra al joven muerto hasta el fondo de La Caldera.
[a] Carballo: las lágrimas del inconsolable Mayantigo llegan al fondo de la Caldera de Taburiente].
- 6.º) La joven muere ese mismo día en los alrededores y es enterrada por unos pastores.
[d] Pestana: 3.º) la joven enamorada tiene un accidente y muere despeñada en el fondo de La Caldera].
- 7.º) Sobre la tumba de la doncella brota la flor *Viola palmensis* como el color de sus ojos.
[e] Santos Abreu: aportación de Santos Abreu, botánico y entomólogo de reconocido prestigio e investigador de la naturaleza de La Palma].

En definitiva, Santos Abreu, que no es historiador (aunque es un reputado científico), no busca la autenticidad o la verdad de la leyenda. Tan solo pretende reflejar un relato atractivo a la par de los libros de leyendas que se publicaban por aquellas fechas³¹. Su objetivo es meramente literario. La construcción de una narración encantadora se inserta así en la recuperación de otras tradiciones que desde mediados del siglo XIX habían realizado diferentes personalidades locales como Félix Poggio y Alfaro (1795-1865) o el resto de autores mencionados. Con este fin, Santos tomó y mezcló noticias aportadas por Carballo Wangüemert, Rodríguez López, Pestana Rodríguez o sus propias pesquisas botánicas a fin de elaborar un dulce relato teñido de matices novelescos y pasionales.

En la actualidad, la leyenda de *La Pared de Roberto* es conocida, casi de forma exclusiva, bajo el formato y la recreación emanada de Santos Abreu en 1900³². Dicho

³¹ Buen ejemplo podrían ser los trabajos sobre folclore y los relatos tradicionales del militar y escritor citado en la introducción de este artículo Eugenio de Olavarría y Huarte (1853-1933), destinado a Santa Cruz de la Palma a finales del siglo XIX. Olavarría dejó preparado un manuscrito acerca de las leyendas de La Palma e, incluso, llegó a publicar alguno de sus relatos en la prensa regional. Véase sobre la faceta de folclorista de este erudito OLAVARRÍA Y HUARTE, 1880, 1884 y 1886.

³² El sitio web del Ayuntamiento de Garafía (<http://www.garafia.es/leyendas>), por ejemplo, expone una versión distinta a todas las analizadas en este artículo, que resulta una recreación contemporánea debida al erudito local Vicente García López. Dice así el texto: «Según reza la tradición

registro lleva más de una centuria de indudable fortuna, no quedando rastro en la memoria insular del resto de las versiones desbrozadas en este artículo. En el trabajo de campo realizado, por ejemplo, únicamente afloró alguna versión que tampoco guardaba relación alguna con los registros expuestos. Buena muestra es la recogida en San Andrés y Sauces que afirma que «fue Roberto el Diablo quien con sus cuernos tiró la pared para que los dos jóvenes enamorados se encontraran y pecaran»³³.

6. LA FIGURA DEL DIABLO EN LA TRADICIÓN CANARIA: ETIMOLOGÍA DEL TÉRMINO Y SIMBOLOGÍA DE LA PARED

A través de nuestro análisis de las diferentes versiones de *La Pared de Roberto*, dos de ellas (Rodríguez López y Santos Abreu) presentan unas connotaciones explícitamente diabólicas o demoníacas. Ambos registros, además, podrían enmarcarse en el tipo de relatos universales en los que una persona vende un alma humana al diablo a cambio de alguna prebenda, en especial en la construcción de un puente³⁴. Todo ello nos induce a pensar que en el espacio cultural canario, y más concretamente palmense, esta figura infernal sigue gozando de cierta popularidad. En especial la versión de Santos Abreu.

Desde un punto de vista histórico, la creencia de los isleños en seres infernales se remonta a la época prehispanica. La presencia del Diablo en la geografía de La Palma ha estado muy presente desde tiempo inmemorial. Los indígenas creían en un perro lanudo de carácter demoníaco al que denominaban *Iruene*³⁵. Incluso, la interpretación que los moradores de La Palma han otorgado a los primitivos pobladores de la isla ha derivado en varias connotaciones malignas. Sirva de muestra el hecho de que hacia 1891, el viajero francés René Verneau (1852-1938) recogió algunos testimonios a este respecto. Según relata el explorador, el dueño de la cueva de Belmaco (Mazo) le confesó que los guanches «eran herejes, y por consiguiente,

aquí se daban cita una pareja de enamorados bajo la luz de las estrellas; ella era una bella indígena de Garafía y él de Barlovento. El amor que ambos se profesaban despertó la codicia del mismo demonio. Se cuenta que el diablo creó este paredón pétreo en una sola noche con la intención de separar a los amantes, pero el valiente mancebo logró superarlo y en su esfuerzo cayó hacia los abismos de La Caldera de Taburiente. El maligno quiso hacer suya a la triste joven, pero ella le despreció y lanzó su cuerpo al vacío para reunirse con su amado. La obra del diablo fue inútil y en su rabia partió en dos el dique de piedra basáltica que engendró esta trágica historia de amor».

³³ Informante: Antonio Hernández Hernández (San Andrés y Sauces, 1931). Entrevista realizada en San Andrés y Sauces el 15 de octubre de 2012.

³⁴ DÍAZ VIANA, 2008: 139-144; GARCÍA DE DIEGO, 1958: 242-243, v. I., MERINO, 2010: 167-169; PUERTO, 2011: 897-900. También MARTOS NÚÑEZ, 2001: 51-58; este autor cita el tipo 1191 de la clasificación de cuentos populares de Thompson (véase: Thompson, S. *Motif-Index of folk literature: a classification of narrative elements in folktales, ballads, myths, fables, medieval romances, exempla, fabliaux, jest-books and local legends*. Ed. rev. y aum. Bloomington & Indianapolis: Copenhague, 1955-1958). Una variante como cuento tradicional en NOIA CAMPOS, 2010: 547.

³⁵ MARTÍN RODRÍGUEZ, 1992: 81-88; PAIS PAIS y TEJERA GASPAS, 2010: 109-112.



tenían un pacto con el diablo, así que, como éste es tan poderoso, podía muy bien hacer estos milagros. El cura le había contado historias muy extraordinarias, y no se puede dudar de la palabra de un padre»³⁶.

Tras la conquista castellana, la presencia «física» del Diablo se reveló, si cabe, aún más intensa. Debe subrayarse que, a finales del siglo xv, La Palma fue sometida y nominada bajo el celo protector de san Miguel, cuya iconografía suele plasmarse con el Demonio abatido a sus pies (*Apocalipsis* 2, 7-1). Desde el siglo xvi hasta el xix han sido numerosísimas las representaciones del arcángel en su isla: *San Miguel de La Palma*, designada de esta manera desde antes del inicio de la colonización europea. Tanto en la heráldica como en escudos públicos, imaginería, lienzos, indumentaria, menaje sacro o elementos decorativos, la figura del ángel celestial (y con frecuencia un monstruoso ser) ha disfrutado de un empaque y difusión sobresaliente en el territorio insular³⁷.

En un breve recorrido por la tradición folclórica palmense debe aludirse a la iconografía de san Bartolomé, advocación que cuenta en La Palma con dos representaciones escultóricas, ambas con el Demonio asido a sus pies (ermita de San Bartolomé, en La Galga, y santuario de Las Nieves, en Santa Cruz de la Palma). En igual modo al resto de la cultura hispánica, a lo ancho de la isla siempre ha estado presente la creencia de que el 24 de agosto (onomástica del santo), el demonio se liberaba a su antojo y causaba molestias entre los lugareños y sus faenas rurales. Los vecinos garantizaban su propia seguridad a través de un efímero confinamiento doméstico y, también, a base de recetas compuestas de ajos y lazos, estas últimas con el fin de atarle los testículos al maligno. Sin embargo, quizás lo más llamativo es que en el referido pago de La Galga (Puntallana), en cuyo oratorio se localiza una de las dos efigies escultóricas del santo, se asegura la localización en la costa, a unos 15 metros de profundidad «en dirección al fuego eterno», de la cueva del Infierno (una recóndita oquedad submarina en la que piratas y otros bandidos guardaban a buen recaudo los bienes saqueados). En su oscuridad, el imaginario local afirmaba que en ella vivía el diablo, quien, durante la citada onomástica de san Bartolomé, se liberaba de las cadenas que lo oprimían de la escultura venerada en su ermita de La Galga, bullendo a lo largo y alto de la pedanía³⁸.

Por último, cabe citar una leyenda vinculada a la Virgen del Socorro, titular de la ermita homónima perteneciente a la parroquia de Breña Alta y cuya imagen, realizada hacia 1700³⁹, presenta a sus pies las efigies de reducidas dimensiones de una

³⁶ VERNEAU, 1996: 261 y 266-267. El mismo viajero recogió testimonio de las creencias populares acerca de la casa del Alma de Tacande, y cómo en La Orotava (Tenerife), en una vivienda también de apariciones fantasmales se le puso el nombre de *Casa del Diablo*.

³⁷ MARTÍN SÁNCHEZ, 1991: *in totem*.

³⁸ Como veremos a continuación, esta superstición popular generalizada hasta hace muy poco ha derivado en la creación de una breve obra teatral, *Diálogo entre el Bien y el Mal*, que se representa durante las fiestas estivales, teniendo como uno de sus protagonistas principales al demonio, también conocido como perro maldito.

³⁹ PÉREZ MORERA, 1994: 92-93.



niña y un diablo. Estas figuras se encuentran asociadas a una narración conocida como *La pezuña del Diablo* y que concierne al rapto de una joven de corta edad por parte del Maligno. La leyenda, recogida de la tradición oral más contemporánea, sostiene que una madre que tenía una hija muy traviesa le repetía con frecuencia: «Ojalá el Diablo te lleve, ojalá el Diablo te lleve». Una mañana en que la señora se encontraba en las faenas propias del campo se percató de que la infanta había desaparecido. Tras buscarla por todos los rincones posibles no apareció. Al poco, los vecinos del lugar hallaron en una gran piedra o laja, en el lecho del barranco del Socorro, una pezuña, que se supuso fue la firma del Diablo en aquel secuestro invocado de manera inconsciente por la desconsolada campesina.

El ámbito festivo insular nos remite a la creación a lo largo del siglo xx de cuatro muñecos infernales o ignitivos que amenizan con su gracia y vigor los festejos patronales de varios municipios de la isla de La Palma durante los meses de agosto y septiembre. Nos referimos a la famosa danza del Diablo (Tijarafe)⁴⁰, el Demonio de Miranda (Breña Alta), el Borrachito Fogatero de Lodero (Villa de Mazo) y el mencionado Perro Maldito de La Galga (Puntallana), el más joven de los seres del averno (2007). Todas estas festividades se celebran en honor a Nuestra Señora de la Candelaria, san Miguel Arcángel, la Virgen de los Dolores y san Bartolomé respectivamente, desarrollándose en ámbitos rurales que se caracterizan por la omnipresencia de la religión católica en la vida cotidiana. Como manifestaciones del sentir religioso del pueblo, hunden sus raíces en las antiguas procesiones del *Corpus Christi* de Santa Cruz de La Palma (recordemos los llamados «diabletes» que aparecen documentados como parte del cortejo eucarístico de la capital hasta el último cuarto del siglo xviii) y giran en torno a varios personajes de naturaleza grotesca e incandescente, los cuales podrían, metafóricamente hablando, ser considerados como los herederos de la estirpe de Belcebú, el linaje de Roberto⁴¹.

No podemos olvidar que en el resto de las Islas Canarias contamos también con la presencia de figuras diabólicas o infernales. En primer lugar destacan los diabletes de Teguiise (Lanzarote) que son una costumbre ya tradicional en el carnaval lanzaroteño y provienen también del universo religioso del *Corpus* hispánico, si bien presentan algunos rasgos locales. De hecho en el Teguiise del siglo xvii los Diabletes se vestían con cueros de cabras y máscaras de macho cabrío al igual que lo hacían los aborígenes *mahos*. Además, se detectan ciertas aportaciones subsaharianas en la danza de estos seres infernales como es el acompañamiento de un tambor tocado por un esclavo negro o el colorido a base de rojos y blancos de sus trajes que evocan la vestimenta de muñecos bereberes del siglo xv. Junto a estos diabletes, nos encontramos al Perro Maldito de Valsequillo (Gran Canaria), motivo central de las fiestas patronales en honor a san Miguel Arcángel. Siguiendo la descripción de Martín

⁴⁰ Consúltase MARTÍN CRUZ, 2013: 83-119.

⁴¹ Curiosamente, entre los nombres con los que se conoce el demonio tijarafeño («Cataclismo», «Sinforiano», el tradicional «Diablo», «el Maligno») figura también el de «Roberto», probablemente en razón de la leyenda insular. Véase POGGIO CAPOTE y LORENZO FRANCISCO, 2014: 5.



Cruz, sus orígenes se remontan a principios del siglo XIX, a una talla de san Miguel realizada por Luján Pérez en la que a los pies del arcángel yace un horrible perro negro de afilados dientes sujeto por una cadena, del que se decía que en la noche de la víspera del santo corría suelto por las calles de Valsequillo⁴². Por otro lado, en el noroeste de Tenerife son famosas las danzas de Libreas de El Palmar durante la fiesta de la Virgen de la Consolación, relacionadas también con las procesiones del *Corpus* pero que han evolucionado hacia nuevos significados vinculados al ritual de las cosechas. Se trata de representaciones del conflicto entre las fuerzas malignas y benévolas encarnadas por dos personajes: el Diablo y la Diabla, que danzan el tajaraste junto al resto de los vecinos con el rabo en chispas. Finalmente, no podemos olvidar a los Carneros de Tigaday (El Hierro), una de las manifestaciones más arcaicas y originales del carnaval canario, en la que cincuenta carneros siniestros, malvados y deformes persiguen a los espectadores para tizarles el rostro con betún negro, especialmente a los más revoltosos.

Más allá de lo anecdótico y en nuestra preocupación por dotar a la presente investigación de cierto carácter interdisciplinar, consideramos pertinente realizar un breve comentario dentro del campo de la lingüística diacrónica. Recordemos que desde un punto de vista etimológico «Diablo» se deriva del vocablo griego «diábolos» (διαβολος), de «diaballo» (separar)⁴³, y originalmente hace alusión a una moneda que dos amigos dividían en dos partes cuando tenían que distanciarse o viajar a otro lugar distinto del habitual. Cada uno de ellos se quedaba con una de las dos mitades, y acordaban que con el paso del tiempo, si la fortuna o el destino propiciaban un nuevo encuentro entre ambos, estos se reconocerían juntando ambas partes de la moneda y probando si coincidían y encajaban. De modo que, desde su origen etimológico, la palabra «Diablo» incluye esta connotación de separación o corte⁴⁴.

Tanto en la versión de Rodríguez López como en la variante de Santos Abreu nos encontramos con una imponente y asombrosa pared construida por el diablo que se alza como una barrera infranqueable, que bien obstaculiza el paso de los transeúntes de un lado al otro del camino, o bien separa trágicamente a los amantes impidiendo sus citas amorosas. No obstante, creemos que es importante atender al hecho de que en la realidad geográfica concreta de la isla, esta pared aparenta ser una construcción artificial hecha por el hombre a base de sillares. Este simple hecho podría llevarnos a sugerir una posible interpretación del muro (al menos en la última y más actual de las versiones de la leyenda, la de Santos Abreu) como constructo social, no natural, a la vez que como símbolo real de esa ruptura de la unidad originaria entre

⁴² Inspirados en esta tradición, en 1987 un grupo de jóvenes del municipio creó un espectáculo teatral que simbolizaba la lucha entre el bien y el mal, en el que un actor vestido de negro y atado a unas sogas es perseguido por unos cazadores. El evento ha seguido perfeccionándose con el transcurrir del tiempo, incluyendo nuevos componentes de iluminación, sonido y efectos pirotécnicos, si bien la fiesta fue suspendida durante dos años (2011-2013) debido a un accidente que causó un par de muertos y una treintena de heridos. Consúltase MARTÍN CRUZ, 2013: 142.

⁴³ MOLINER, 1991: 986, v. I.

⁴⁴ Véase MARÍAS, 1979; GARCÍA MORENTE, 2009.



los hombres producida por la división en dos clases sexuales enfrentadas: hembras y varones. De este modo quedaría vinculada la Pared de Roberto, la identidad a través de la diferencia, esa distancia aparentemente insalvable entre «tú» y «yo», que antes de convertirnos en un hombre y una mujer reales éramos solo eso: «tú» y «yo», libres de definición, e intercambiables el uno por el otro en el acto de hablar, de razonar, de sentir, de gozar, de amar.

Entiéndase, pues, que es justamente el reconocimiento de esa naturaleza artificiosa, ese carácter marcadamente mental o ilusorio de *La Pared de Roberto*, lo que debería aspirar sin exageración a un título «revolucionario». En verdad, no hay nada de natural en el *sexus* o clasificación social entre hombres y mujeres. Se trata solo de un saber ideal y, como todo ideal, falsificador en su pretensión de ser verdadero. ¿No es este descubrimiento ya de por sí un instrumento de acción demoledora?

7. CONCLUSIONES

Es de celebrar que el romanticismo insular favoreciera la creación de leyendas basadas en una exaltación de lo indígena. Entre los autores más destacados de este periodo se halla Elías Santos Abreu, cuya versión de la leyenda *La Pared de Roberto* es la más extendida en la actualidad. Según hemos podido comprobar a lo largo del presente estudio, no se trata de una narración única y aislada sino una refundición de notables variantes surgidas a partir de mediados del siglo XIX y que se caracterizan por esa fascinación romántica ante los elementos naturales y sobrenaturales, la complacencia por toda situación emocional límite y el gusto por lo fantástico, lo atemporal o extramundano en permanente oración.

En efecto, si por algo se diferencia el género legendario de la novela histórica, es por su despreocupación ante la veracidad o no veracidad de los hechos históricos que en él se narran. Así, la leyenda puede incorporar un buen número de componentes mágicos y efectistas, sin por ello hacer violencia a su propia estructura interna. Esta ausencia de referencias históricas concretas, unida a cierta vaguedad cronológica y a una fuerte carga simbólica, insertan felizmente al lector en un tiempo mítico o pre-histórico que le libera de la condena a la sucesión temporal, al paso de las horas, los años y los siglos, sumergiéndole en una especie de ensoñación colectiva ajena al acontecer propiamente histórico.

De forma inexorablemente necesaria la leyenda nace como narración poética que hunde sus raíces en el folclore y en las tradiciones orales, rescatando la sabiduría ancestral que habla por boca del pueblo. Tras nuestro análisis de las diferentes versiones de *La Pared de Roberto*, observamos que la mayor parte de ellas se basan en historias maravillosas, transmitidas de forma oral, ya fuese en la modalidad de verso o en la de prosa. Sin duda, es el caso de la narración de Carballo Wangüemert, inspirada en un poema romance cantado por pastorcillos en la Caldera de Taburiente, pero también la más reciente de Santos Abreu, pues, dado el contexto espacial y otros pormenores comunes, cabe interpretar que en su relato se entremezcla el tema de los amores entre Tenacen y Acerina, transmitido hasta entonces en versión romancística, a la vez que utiliza el argumento presentado por Rodríguez López.



Asimismo, todo parece apuntar que la versión de este último y la de Pestana Rodríguez se nutren directamente de los relatos proferidos de *viva voce* por los vecinos de Garafía y alrededores.

Una duda sigue perturbándonos: ¿Hasta qué punto son las versiones de *La Pared de Roberto* fieles a la tradición mítica? ¿En qué medida nos remiten a una situación verdaderamente ante-histórica? Un primer acercamiento a las diferentes variantes nos induce a concluir que estas narraciones pudieran estar en cierto modo sometidas a las ideas, imaginaciones o creencias dominantes, es decir, que hubiese en ellas cierto componente de sumisión a la realidad, entendida como conocimiento puramente humano acerca de las cosas. Muchas son, en efecto, las ideas pre-establecidas que gobiernan el contenido de estos relatos: *i. e.*, el amor entendido como propiedad y elección excluyente en el caso del relato de Carballo; el empleo de las facultades superiores (inteligencia, memoria y voluntad) por parte de una doncella para conseguir cautivar a su amado que no la corresponde en la versión de Pestana Rodríguez; la fe en nociones filosóficas como alma y cuerpo o incluso la venta de ambas para facilitar el reencuentro entre los amantes separados en la narración de Santos Abreu. Solo por citar algunos de los ejemplos más sobresalientes.

No obstante, nunca se verán cumplidas o satisfechas definitivamente las diversas lecturas de *La Pared de Roberto*, pues los mitos están para escucharlos, no de una sino de mil maneras posibles permitiendo a su vez que entre ellas puedan casar o pelearse entre sí. Ha sido nuestro propósito en este artículo rescatar algo de aquello para lo que intuimos que esta leyenda en su variante más moderna debió surgir: como canto o evocación de ese amor placentero, «fluido y puro» del que nos hablaba el padre Lucrecio; ese gozo paradisiaco, anterior a la historia y a la conflagración de los sexos, que es tierra fecunda para el pensamiento, para la vida de la razón y el corazón.

Estamos, sin duda, ante un periplo iniciático, un viaje raro contra las murallas o límites del mundo conocido en ese perpetuo devenir realmente desconcertante. Allí está la muerte pero también el límite transfigurado.

Recibido: marzo de 2015; aceptado: septiembre de 2015.

BIBLIOGRAFÍA

- BREDLOW, Luis (2003): «Vivir sin alma ni cuerpo: Sobre algunos aspectos del pensamiento griego arcaico». *Revista Manía*, núm. 9, 9-17.
- BUBER, Martín (1949): *Moisés*. Buenos Aires: Ediciones Imán.
- CANARIEN (1959-1965): *Le Canarien. Crónicas francesas de la conquista de Canarias*. Edición de Elías Serra y Alejandro Cioranescu. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios; Las Palmas de Gran Canaria: El Museo Canario, 3 vols.
- CARBALLO WANGÜEMERT, Benigno (1862): *Las Afortunadas: viaje descriptivo a las islas Canarias*. Madrid: Imp. de Manuel Galiano, 251-253.





- CATALÁN, Diego (ed.) (1969): *La flor de la marañuela: romancero general de las islas Canarias*. [Santander]: Seminario Menéndez Pidal; [Madrid]: Gredos, 2 vols.
- CULLEN DEL CASTILLO, Pedro (1984): *La rosa del Taro: miscelánea majorera (algunos romances, composiciones varias y leyendas de Fuerteventura)*. Las Palmas de Gran Canaria: [s.n.].
- DÍAZ VIANA, Luis (2008): *Leyendas populares de España: históricas, maravillosas y contemporáneas: de los antiguos mitos a los rumores por Internet*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- GARCÍA DE DIEGO, Vicente (1958): *Antología de las leyendas de literatura universal*. Barcelona (etc.): Labor. 2 vols.
- GARCÍA CALVO, Agustín (1983): *Historia contra tradición: tradición contra historia*. Zamora: Editorial Lucina.
- GARCÍA GUAL, Carlos (2014): *Mitología*. Madrid: Turner Publicaciones.
- GARCÍA MORENTE, Manuel (2009): *Lecciones preliminares de Filosofía*. 3.ª ed. Madrid: Encuentro.
- FRICTSCH, K. von (2006): *Las islas Canarias: cuadros de viaje: con tres mapas grabados en cobre de El Hierro, La Gomera y Gran Canaria*. Traducción, estudio y notas de José Juan Batista Rodríguez y Encarnación Tabares Plasencia. La Laguna: Centro de la Cultura Popular Canaria.
- HENRÍQUEZ PÉREZ, Manuel (1956): «Don Elías Santos Abreu (1856-1937)». *Revista de Historia [Canaria]*, año 29, t. 22, núms. 113-114 (enero-junio), 11-33.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, María Victoria (2001): *Guía de leyendas*. Santa Cruz de La Palma: Patronato de Turismo del Cabildo de La Palma, 15-16.
- JUARISTI, Jon (1986): *La tradición romántica: leyendas vascas del siglo XIX*. Pamplona: Pamiela.
- (1998): *El linaje de Aitor*. Madrid: Taurus.
- LORENZO RODRÍGUEZ, Juan Bautista (1975-2011): *Noticias para la historia de La Palma*. Santa Cruz de La Palma: Cabildo Insular de La Palma. 4 v.
- MARÍAS, Julián (1979): *Historia de la filosofía*. Madrid: Revista de Occidente.
- MARTÍN CRUZ, José Policarpo (2013): *Bailando con fuego: la Danza del Diablo de Tijarafe*. La Palma: Cartas Diferentes Ediciones.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, Ernesto (1992): *La Palma y los auaritas*. [La Laguna]: Centro de la Cultura Popular Canaria.
- MARTÍN SÁNCHEZ, Miguel Ángel (1991): *Miguel, el arcángel de Dios en Canarias: aspectos socio-culturales y artísticos*. [Santa Cruz de Tenerife]: Aula de Cultura de Tenerife, Cabildo de Tenerife.
- MARTOS NÚÑEZ, Eloy (2001): *Álbum de mitos y leyendas de Europa*. [s.l.]: Junta de Extremadura, Presidencia (etc.).
- MERINO, José María (2010): *Leyendas españolas de todos los tiempos: una memoria soñada*. Madrid: Siruela.
- MOLINER, María (1991): *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.
- MONROY CABALLERO, Andrés (2010): «La tradición oral del cuento popular de Canarias». *Garoza: Revista de la Sociedad Española de Estudios Literarios de Cultura Popular*, núm. 10, 147-157.
- MUJICA, Hugo (1995): *La palabra inicial: la mitología del poeta en la obra de Heidegger*. Madrid: Trotta.
- NOIA CAMPOS, Camiño (2010): *Catálogo tipolóxico do conto galego de tradición oral*. Vigo: Universidade de Vigo, Servizo de Publicacións.

- OLAVARRÍA Y HUARTE, Eugenio de (1880): *Tradiciones de Toledo*. [s.l.: s.n.]. (Madrid: Estab. Tip. de M.P. Montoya y Compañía).
- (1884): «El folk-lore de Madrid». En *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*. Sevilla: Alejandro Guinchot y Compañía, v. 2, 5-100.
- (1886): «Folk-lore de Proaza». En *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*. Madrid: Librería de Fernande Fe, v. 8., 103-310.
- PAIS PAIS, Felipe Jorge y TEJERA GASPAS, ANTONIO (2010): *La religión de los benahoaritas*. Santa Cruz de La Palma: Fundesculp.
- PÉREZ MORERA, Jesús (1994): *Silva: Bernardo Manuel de Silva*. [Las Palmas de Gran Canaria; Santa Cruz de Tenerife]: Viceconsejería de Cultura y Deportes.
- PÉREZ VIDAL, José (1987): *El romancero en la isla de La Palma*. Santa Cruz de la Palma: Cabildo Insular de La Palma.
- POGGIO CAPOTE, Manuel y LORENZO FRANCISCO, Belén (2014a): «La leyenda de la Pared de Roberto». *Diario de Avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 2 de febrero), 33.
- (2014b): «El linaje de Roberto: diablos e imaginaria festiva de fuego en la isla de La Palma». *Revista de Folklore*, núm. 384, 4-23.
- POGGIO CAPOTE, Manuel, MARTÍN PÉREZ, FRANCISCO J. y LORENZO TENA, ANTONIO (2014): *¡Ab de la nave!: historia y cultura del curso berberisco en la isla de La Palma*. Breña Alta: Cartas Diferentes Ediciones.
- PUERTO, José Luis (2011): *Leyendas de tradición oral de la provincia de León*. León: Diputación de León.
- RODRÍGUEZ FARIÑA, Agustín (1993): *Los caminos de La Palma*. Madrid: Ediciones La Palma, 192-195.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, Agustín (1863): «La cumbre de los Andenes y la Pared de Roberto en La Palma» (I y II). *El Time: periódico literario, de instrucción y de intereses materiales* (Santa Cruz de La Palma, 16 de agosto de 1863), [3-4]; (Santa Cruz de La Palma, 23 de agosto de 1863), [3-4].
- SANTOS ABREU, Elías (1900): «La pared de Roberto: tradición palmense». *La defensa: periódico político y de intereses materiales* (Santa Cruz de La Palma, 27 de abril), 2-3.
- (1901): «La Pared de Roberto: tradición palmense». *La Orotava: revista decenal, literaria y de intereses generales*, núm. 1 (La Orotava, 2 de marzo), 6-10.
- (1928): «La Pared de Roberto». *Las Canarias* (Madrid, 31 de agosto de 1928).
- SANTOS GUERRA, Arnoldo (1983): *Vegetación y flora de La Palma*. Santa Cruz de Tenerife: Editorial Interinsular Canaria.
- STONE, Olivia M. (1995): *Tenerife y sus seis satélites [1887]*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria. 2 vols.
- TRAPERO TRAPERO, Maximiano (2000a): *Romancero general de La Palma*. Con la colaboración de Cecilia Hernández Hernández; transcripciones musicales, Lothar Siemens Hernández. [Santa Cruz de La Palma]: Cabildo Insular de La Palma.
- (ed.) (2000b): *Relatos orales de Canarias: (romances, historias, cuentos y leyendas)*. [1 disco compacto]. Las Palmas de Gran Canaria: Consejería de Turismo y Transportes del Gobierno de Canarias: Canarias 7.
- VIERA Y CLAVIJO, José de (1942): *Diccionario de historia natural de las islas Canarias: (índice alfabético, descriptivo de sus tres reinos: animal, vegetal y mineral) [1866]*. Santa Cruz de Tenerife: Imp. Valentín Sanz. 2 vols.



APÉNDICE

1

CARBALLO WANGÜEMERT, Benigno (1862): *Las Afortunadas: viaje descriptivo a las islas Canarias*. Madrid: Imp. de Manuel Galiano, pp. 251-253.

Muy cerca de nosotros pasan dos pastores, y nos saludan quitándose las monteras; invitámosles a almorzar y aceptan después de algunas excusas.

Los pastores, que son muy jóvenes, traen por fortuna su tamboril, por lo cual a nuestras instancias entonan uno de esos sabrosos romances a que son tan aficionados. Unese al grupo de los cantadores uno de los guías, y el que lleva el romance, canta los amores del último rey guanche de la Caldera. Es precisamente este incidente lo único que nos faltaba para que fuera completa la expedición y dejara indeleble y eterno recuerdo en nuestra memoria. No está lejos la gruta donde, según el contexto del romance, se albergaba con sus padres la hermosa joven guanchinesca, codiciado objeto de la pasión del rey, ni lejos tampoco el lugar donde todas las mañanas al rayar el día, venían a verse y platicar los dos amantes. La noche del desposorio brillaron las montañas de la Caldera con las llamas de infinitas hogueras, festejo y celebración acomodada a las usanzas de aquellos tiempos.

El afortunado Tenacen (Tanausú), que así se llamaba el rey, había tenido un rival temible en Mayantigot, rey de Aridane, esto es, de los Llanos, Argual y Tasacorte. Por mucho tiempo compitieron los dos rivales, sin lograr ni el uno ni el otro arrancar una elección a su altiva Acerina; mas al fin, habiéndolos convocado para que concurriesen juntos en la meseta de Taburiente, allí, solo los tres, y empeñada la palabra de que cada uno de los pretendientes, se resignaría con la suerte que le tocara, sin recurrir a la guerra ni a ningún otro género de violencia, levantó en alto la mano y colocándola encima del hombro de Tenacen, declaró que era él el que prefería su corazón. Mayantigot se retiró aparentemente tranquilo y sereno, mas al verse solo, gruesas lágrimas que brotaban de sus ojos, fueron a perderse en el abismo.

Los ecos repiten y llevan de loma en loma la voz de los cantadores; las montañas mismas parece que se animan a medida que el romancero canta su narración, y los arroyos y las aguas suspenden o amortiguan la rapidez de su corriente, absortos por el recuerdo de unos sucesos que los transportan a los tiempos de su edad dorada.

Terminada la fiesta nos despedimos de los pastores, y retornamos a los Llanos, conduciéndonos nuestros guías por el desfiladero a Agamansis.

2

RODRÍGUEZ LÓPEZ, Antonio (1863): «La cumbre de los Andenes y la Pared de Roberto en La Palma» (I y II). *El Time: periódico literario, de instrucción y de intereses materiales* (Santa Cruz de La Palma, 16 de agosto), pp. [3-4]; (Santa Cruz de La Palma, 23 de agosto), pp. [3-4].

I

Hacia algunas horas que habíamos dejado atrás la región de los brezos.

Cruzábamos un dilatado bosque de pinos, cuyas ramas estendidas horizontalmente revelaban que nos encontrábamos a una gran elevación; porque las nevadas, mas frecuentes en las alturas de los montes, oprimen hacia la tierra los gajos de los árboles.



Esta inclinación del ramaje se hacía cada vez más ostensible, hasta que llegamos al fin de aquella selva, a cuyos últimos árboles llaman *los pinos gachos* por la notable dirección descendente de sus ramas hacia la tierra en aquel sitio donde crecen los últimos de su especie, y que han debido sustentar el peso de muchos inviernos.

Nos sentamos a la sombra de aquellos viejos habitantes de la soledad, y muy pronto recibimos la agradable sorpresa de ver que se acercaba a nosotros un pastor que nos había visto sin duda desde su cabaña, la cual distinguimos entonces no muy lejos de nosotros. El pastor (que me recordó la hospitalidad de los antiguos patriarcas) nos ofreció riquísima cuajada, a la que hicimos los debidos honores; y después de un pequeño descanso, dejamos los últimos pinos y proseguimos por el árida cumbre, en donde ya no había más vegetación que un viejo cedro, único en aquel lugar, (tal vez contemporáneo de los indígenas isleños), y una mancha de codesos, pequeños arbustos cuya amarilla flor es muy olorosa.

Pasamos por fin aquella especie de matorral, y entramos en el desierto de la cumbre, (donde es raro encontrar señal de vegetación), con los rayos del sol de julio cayendo a plomo sobre nuestras cabezas, pues había llegado ya al cenit. El calor por lo tanto ahogaba mi respiración.

Debajo de mis pies se desarrollaba una alfombra de apiñadas nubes como copos de algodón, que se extendía hasta el horizonte, sobre el cual levantaba en lontananza el Teide su elevada frente. En aquella nube inmóvil se reflejaba el sol, y el calor se hacía cada vez más sofocante, sin que en aquel desierto de pequeñas piedras encontrásemos ni una roca que nos prestara alguna sombra. En verdad, era una temeridad proseguir nuestra marcha en una hora tan ardiente; pero no nos detuvimos. Confieso que a pesar del cansancio que me rendía, temiendo que llegase a faltarme la respiración y sobreviniese la asfixia, y aún por esa misma circunstancia, yo gozaba! En aquella soledad, donde no había más que aridez, donde las nubes con su inmovilidad parecían anunciar una paralización de toda existencia, herida por los rayos del sol que caía como una cascada de fuego sobre mi frente, había una imponente sublimidad que conmovía mi alma. Tenía las nubes a mis pies, y me parecía hallarme en una región desconocida a los mortales que habitan la tierra. Ningún rumor turbaba el silencio... la naturaleza que yo había contemplado antes, no existía allí: en aquel desierto no había más que silencio, soledad y misterio. Era necesario sentir el vago terror y pensar en Dios! Desgraciado el que al cruzar aquellos solitarios sitios como yo los crucé, no dirija su pensamiento al cielo; porque eso sería señal de que su alma se halla completamente dormida.

Una circunstancia particular me hizo más imponentes aquellos lugares.

Allá, a alguna distancia, en medio de la árida llanura se elevaba una cruz, y a su pie, (cosa singular), había una piedra que vista desde el punto en que me hallaba, tenía la completa apariencia de una persona arrodillada en oración. Aquella solitaria cruz y aquella estatua labrada por la naturaleza deben encerrar una historia que en vano he procurado descubrir. Además, yo no puedo jurar que aquello fuese una piedra... pues no me acerqué a ella; los que hayan pasado más de una vez por aquellos lugares, lo sabrán... Para mí la ilusión fue completa; y hasta creía escuchar la ferviente plegaria de aquella misteriosa figura.

Al fin encontramos una roca que daba alguna sombra, y allí nos detuvimos. Aquel punto dicen que es exactamente la mitad de la cumbre y se llama el *Escotillón*, no sé por que: aquella roca forma parte del borde de la famosa *Caldera*, cuya vista panorámica fue objeto de mi viaje, y de la que nada pudimos ver porque se hallaba cubierta por la nube de que he hablado. Solo de trecho en trecho, por en medio de aquella blanca alfombra de copos de algodón, asomaba un pico peñascoso; lo que me hacía adivinar los elevados monolitos que arrancando de la *Caldera* llegaban hasta esconderse en las nubes. Pero ya que estas nos impedían ver el delicioso panorama de los Reinos de *Tanausú* y *Mayantigo*, pues dicen que



de los *Andenes* se descubre el valle de la *Banda*, pude contemplar otra de las curiosidades geológicas de la isla.

En efecto, desde allí descubrimos no muy lejos la célebre *Pared de Roberto*.

II

La *Pared de Roberto* es una cresta al parecer basáltica, producto sin duda de antiguas erupciones de los volcanes que han abierto en mitad de esta isla la profunda sima de la Caldera, en cuyos bordes se halla.

Las crestas de que hablamos, de uno dos pie de altura, y perpendicularmente cortada por ambas caras, presenta a la vista la apariencia de un verdadero trozo de muralla hecha con piedra sillar, y desmoronada por el tiempo, pues las grietas que la cruzan en todas direcciones forman como las juntas de los cantos de que fuera fabricada la estraña Pared, que atravesada en mitad de la Cumbre de los *Andenes*, como para cerrar el paso (si no tuviese en su centro una brecha que la separa en dos trozos), cabalmente cerca del sitio en que la Cumbre apenas presenta un filo de escasa anchura a la planta del caminante, me recordaba el terrible puente *Sirath* de Mahoma.

Sin embargo, no pudimos ver ese peligroso paso en todo su horror, porque la nube ocultaba los abismos abiertos a ambos lados.

Cuentan que al pasar a ciertas horas por la brecha⁴⁵, abierta como providencialmente en mitad de aquel muro, se observa una circunstancia singular. Tan luego como la planta del caminante se acerca al umbral de aquella abertura que franquea el paso de la Cumbre, su tez palidece visiblemente, y no recobra el color natural hasta que no se halla al otro lado de la Pared.

Tal vez este fenómeno de la física, alimentando el terror, ha engendrado las supersticiosas tradiciones unidas a la *Pared de Roberto*. Háblase de pavorosas visiones y de caballeros convertidos en alimañas; y se dice que aquella fue obra del mismo Satanás y de otro compañero, que sin duda era el tal Roberto que da nombre a la muralla.

Esto me hizo recordar al célebre *Roberto el Diablo*, que según las leyendas normandas era hijo del duque Huberto, quien desesperado con la esterilidad de su esposa, prometió que daría al diablo el primer hijo que tuviese ella. Nació Roberto un año después de esta impía promesa para aterrar a la Normandía con sus escesos y crueldades, de que dio claras muestras desde su más tierna infancia, pues se dice que «cuando estaba Roberto en mantillas, mordía de tal modo el pecho a las nodrizas que se le ponían, que ninguna quería ya darle de mamar, y fue preciso servirse de un cuerno para alimentarle».

Es probable que la imaginación popular preocupada con este leyenda, supusiese que ese estraño personaje llamado *Roberto el Diablo*, transmitido a los *Andenes* por un prodigio de su diabólico poder, ayudó a Satanás en la construcción de nuestra célebre Pared, que se nombra unas veces la *Pared de Roberto*, y otras la *Pared de Roberto el Diablo*, y también la *Pared del Diablo*.

Veamos ahora lo que cuenta la tradición acerca de su fábrica.

⁴⁵ Digo *cuentan*, pues no habiendo pasado de las rocas del *Escotillón*, de cuyo punto contemplamos la Pared, ayudados de un antejo que llevábamos, no pude observarlo por mí mismo. Advertiré aquí, por si ha llamado la atención que hable unas veces en singular y en plural, que este último caso me refiero a mis compañeros de viaje.



Principiaron Satanás y su compañero en medio de las sombras de la noche a erigir la pared, cada uno por de sus extremos, para cerrar el paso de la Cumbre. Ya cada uno por su parte llevaba adelantada la obra, y apenas mediaba un espacio como de seis pies para unir los dos trozos, cuando les sorprendió el canto del gallo que anunciaba el día. Los misteriosos artífices tuvieron entonces que suspender la obra, y huyeron precipitadamente, quedando sin cerrar el centro, y dejando Satanás, al huir, la huella de su mano en uno de los frentes de la Pared. En efecto, se asegura que los accidentes del basalto presentan en un punto ciertas profundidades, como si estando la roca en consistencia de arcilla blanda, se hubiese estampado en ella la mano de un hombre.

No concluiré sin añadir a estas consejas una que entre algunos campesinos pasa como verdad inconclusa. Al pie de la extraordinaria Pared dicen que vegeta una planta, cuyas hojas de cinco puntas presentan la apariencia de una garra, y cuyo jugo tiene la virtud de encender en los corazones la pasión del amor.

Todas estas leyendas que la superstición ha unido a la *Pared de Roberto*, han hecho que este nombre ha adquirido popularidad tal, que no se puede hablar de la Cumbre de los *Andenes*, sin consagrar un recuerdo a aquella estraña muralla.

A...

3

CARPINTERO, JUAN ANTONIO: *Carta del presbítero fray... a don Antonio Rodríguez López* (Villa de Mazo, 29 de agosto de 1863). Copia manuscrita de Antonino Pestana Rodríguez. El Museo Canario (Las Palmas de Gran Canaria), Fondo Antonino Pestana.

La construcción de esta pared es obra maravillosa de la divina providencia. Ni Satanás, ni Roberto trabajaron en ella. Se debe desterrar el error crasicímo del vulgo, de que Satanás principiara a construirla por una puerta y Roberto por la otra en el silencio de la noche, y al canto del gallo la dejaron por no poder proseguir, en aquel estado como se halla, es decir, con aquel portillón. La mencionada pared estuvo siempre cerrada por un igual, hasta el año de 1700, hasta que el alférez don Sebastián Lorenzo del Castillo, vecino de Puntagorda, fue nombrado alcalde de Los Llanos, que aunque se ignora el año fijo se sabe positivamente que gobernó aquella vara seis años y en ellas se cuenta el de 1703, como consta en este archivo. Este caballero empleado en su alcaldía de Los Llanos, salía de vez en cuando a la ciudad, a sus negocios y hacía su regreso por la cumbre de *Los Andenes* para ir a ver a su esposa que vivía en Puntagorda, por que le era más cómodo así; aunque sabía que tenía alguna dificultad en el tránsito, cuando llegaba a aquel punto de que se trata, pero este riesgo lo venía con dos hombres que llevaba para que le pasasen el caballo por aquel filo de la cumbre, o más bien inclinándose a la parte de Garafía, para que el animal no peligrara; en fin un día. Trató de vencer todo riesgo y dificultad que por esta parte se le presentaba, llamando peones que rompieran la pared, que el cabrero Roberto paseaba de arriba abajo y de abajo arriba para galantearse con sus compañeros de oficio, y así lo hizo dando paso a su caballo e interrumpiéndolo para el cabrero: esto vi en un papel que aunque para mi no merece todo crédito tampoco disiento en todo a ello porque no reconosco pudiera haber pasión en ello, y más bien el fin de narrar un hecho tal cual pasó.

PESTANA RODRÍGUEZ, Antonino: *Anotaciones de Antonino Pestana a la copia de la carta de Juan Antonio Carpintero conservada en la biblioteca de El Museo Canario sobre otro posible origen de la leyenda.*

La planta namoradera crece en distintas partes de la Caldera y también la he visto en Garafía, en el río Morisco, a faldas de la Cumbre de los Andenes. Se cuenta que una joven de Garafía fue a cojer ramas de dicha planta en el extremo de la Pared de Roberto, con el objeto de cautivar más a su novio, y rodó por el precipicio sin que pudiera hallarse su cadáver.

SANTOS ABREU, Elías: «La pared de Roberto: tradición palmense». *La defensa: periódico político y de intereses materiales* (Santa Cruz de La Palma, 27 de abril de 1900), pp. [2-3].

¿Quién habrá en esta hermosa isla de La Palma que no haya oído, al menos, hablar de la famosa *Caldera*? ¿Quién desconoce su notoriedad, su universal celebridad, su universal renombre?

Obra de las brutales y poderosas fuerzas de la salvaje Naturaleza, muestra a los ojos del viajero o del incansable caminante sus abismos insondables, sus áridas rocas, sus peligrosos desfiladeros y sus enormes moles de basalto que parecen dispuestas a precipitarse, al menor impulso, desde sus carcomidos asientos.

Obra caprichosa y gigante del poder ígneo, ni las magmas de su fondo fueron jamás lamidas y socadas por las aguas del mar, ni las crestas de sus cimas dieron jugo a las más rudimentaria vegetación.

Viento incesante, frío y seco, azota en lo alto las escorias y los rojizos arenales, mientras la calma y el calor abrasador dominan en las hondonadas, pendientes y barrancos del aquel antro.

* * *

El que haya tenido que trasladarse desde Santa Cruz de La Palma al lejano pueblo de Garafía, y cruzado la desierta y penosa *Cumbre de los Andenes*, después de pasar el *Escotillón* y entrar en el sendero que conduce al interior del cráter, descubre, desde luego, un enorme paredón que, desde lo alto de la sierra, baja oblicuamente a cortar la vía, siguiendo su prolongación a perderse entre las rocas que bordean el abismo.

Este curioso dique es la célebre Pared de Roberto. Formada de lava basáltica, dura, brillante, verdosa, más parece obra de ingenioso artífice que efecto del fuego de los volcanes. Presenta en su parte media una gran escotadura por la cual penetra el sendero que pronto vuelve a ascender y alcanza la cresta de la tierra.

Cuando el sol hiere oblicuamente una u otra cara de la encantada pared, todos los objetos cercanos, hasta una distancia de diez o doce metros, toman un tinte especial, característico de un verde amarilloso, reflejo que se hace más manifiesto cuando alcanza



el semblante de alguna persona, la cual, en estas condiciones, adquiere el aspecto de un cadáver ambulante iluminado por una luz diabólica.

Y diabólica es, en efecto, la leyenda de la renombrada *Pared*.

* * *

En una de mis últimas excursiones científicas por la Cumbre de Garafía, herborizando entre las rocas que dominan la parte Norte de la Caldera, hube de llegar a guarecerme de los rayos del solo a la sombra que proyectaba la *Pared de Roberto*.

Largo rato hacía que permanecía allí sentado, disfrutando del agradable fresco de la brisa y del hermoso panorama que se ofrecía a la vista, cuando, por la vereda que conduce a Garafía, llegaron a aquel sitio, sudorosos y jadeantes, lanza en mano y calada hasta los ojos la montera, dos campesinos dedicados al pastoreo en aquellas abruptas laderas.

Joven el uno y muy entrado en años el otro, semejaban ambos a los bíblicos Abraham e Isaac subiendo los ásperos senderos del Monte Moria.

Acercándose con cierto temor, como quien entra en terreno vedado o se dirige a un sitio peligroso y antes de saludarme y sentarse frente a mí, hicieron ambos la señal de la cruz, santiguándose de pies a cabeza.

—Mucho valor tiene V. señor, —díjome el viejo— cuando está sentado al pie de esta pared, hecha por el mismísimo Diablo, por Roberto en persona. Todos tenemos en este momento la cara del color de la llama del azufre, fíjese bien.

Así era en efecto. El tinte verdoso de aquella pared reflejado sobre los dos aldeanos, los envolvía en una especie de claridad siniestra.

—Jamás —prosiguió— me he sentado, ni me he detenido siquiera en esta inmediaciones. Cada vez que recuerdo la antiquísima historia de estos lugares me santiguo tres veces y casi sin explicármelo, salen de mis labios un Padre nuestro y un Ave-María por las almas de los héroes de semejante tradición. Y créame V., señor: esto todo es verdad. Yo soy viejo en estas soledades; yo he visto algo que pasa aquí encima en ciertas noches, hasta en aquellas en que la nieve cubre todas estas rocas y el viento parece que quiere arrancarlas de sus asientos.

Esto de la historia azuzó mi curiosidad y pude conseguir, después de reiteradas súplicas, que nuestro anciano refiriese la leyenda de la *Pared de Roberto*. Para ello procuré excitarlo haciéndole beber dos buenos tragos de buen mostillo de Breña-baja, que apuró con fruición, y después de limpiarse los labios sucesivamente con el dorso de ambas manos y de encender un exquisito tabaco que le ofrecí, comenzó su relación de esta manera:

—Hace ya muchísimos años, y quizás siglos, que muy cerca de Taburiente, junto al primer arroyo que desde aquí se divisa y cuyas aguas se precipitan desde gran altura al barranco, vivía en una espaciosa cueva, que ya las lluvias y los huracanes han reducido a escombros, una linda doncella, alegría y encanto de estos contornos. Era hermosa como una de esas vírgenes que se adoran en los altares; cuerpo cenceño, cabellera de arcángel, y labios de grana. No copiaron jamás ojos algunos el azul del cielo, como lo copiaron sus hermosos ojos.

Prometido de esta beldad era un apuesto mancebo, orgullo del antiguo distrito de Tajaragre.

De la más distinguida familia de este distrito, nunca fue vencido ni en la carrera, ni en la lucha, ni con su honda jamás debió de hacer blanco sobre el numeroso ganado extraviado en las sinuosidades de estos riscos.



En este mismo sitio en que estamos, en aquella pequeña eminencia en que empieza la Pared, había un añoso y corpulento cedro, cuyas ramas resistían el empuje de los vendavales purísimos y a cuya sombra solían descansar como ahora lo hacemos nosotros, los pastores y caminantes, que se arriesgan a atravesar la cumbre. Bajo ese mismo cedro acudían a sus citas amorosas los felices amantes, sin cuidarse de que los temporales les sorprendieran en estas espantosas soledades, ni que la noche, con su oscuridad y sus nieblas, pudiera extraviarles en los difíciles y accidentados senderos.

Ella partía después cantando deliciosas endechas, cuyas dulcísimas notas repetía el eco una y mil veces en la concavidades de la Caldera.

El partía, también, resuelto y animoso, orgulloso de tanta dicha, soñando solamente en el día en que habían de unirse en indisoluble lazo.

Pero el Diablo, que nunca duerme y que es enemigo eterno de la felicidad de las almas y aún de los cuerpos, no pudiendo hacerse dueño de la cándida muchacha, decidió impedir, para siempre, aquel amoroso idilio; y vea V. lo que discurrió y puso en obra: hacer esta pared, empezando en lo inaccesible de este lugar y terminándola en el abismo, de manera que, cuando los amantes acudieran a su cita, se encontrarán interceptados por esta barrera infranqueable.

Una sola noche, una sola, bastó para empezar y terminar la obra.

Noche fría, brumosa y de oscuridad impenetrable, cuyo imponente silencio interrumpía, de vez en cuando, la diabólica carcajada de Roberto.

No tardó la pareja enamorada en acudir a su nocturna cita. ¡Pero cual sería su asombro al encontrar el antes apacible y poético rincón de su felicidad interceptado por una enorme muralla de durísima piedra!

La sin par doncella, muda de espanto, apenas podía articular palabra; y cuando llamaba a grandes voces a su prometido, solamente le respondía el eco más repetido en los riscos de las vecinos crestas.

Más animoso el mancebo y ardiendo en ansias de vencer aquel insuperable obstáculo, intentaba trepar hacia la altura, agarrándose con pies y manos, o yendo y viniendo de acá para allá en busca del fin de la muralla; pero todo en vano. Sus fuerzas se agotaban y flaqueaba su espíritu ante la lucha infructuosa y estéril.

De pronto se irguió como sacudido por una descarga eléctrica o por un impulso invisible que ponía a prueba su indomable valor, dirigió su penetrante mirada al abismo, extendió sus robustos brazos hacia la pared y gritó con terrible voz.

—¡Va el alma, por pasar!

Solo el viento y el eco respondieron a esta imprecación.

Hubo un instante de silencio y el mancebo, tomando nuevos bríos, tras una horrible blasfemia volvió a gritar:

—¡Va el alma y el cuerpo, por pasar!

De súbito, rojiza claridad empezó a iluminar toda la pared; de sus pequeñas grietas surgieron llamaradas que pronto se elevaron en los aires con siniestro zumbido; el viejo cedro rodó con estrépito, arrastrando, en su caída, las rocas de su asiento; y del piso resquebrajado fluyeron materiales ardiendo, de vivísimos colores, y seres infernales que danzaban y se retenían en aquella masa que, ensanchándose más y más, rodó al abismo, arrastrando en su vertiginosa caída al infeliz mancebo.

Todo fue obra de un instante. Después, el viento siguió zumbando indiferente sobre aquellas ruinas. La pared se abrió, como V. ve, en su parte media, dejando un ancho espacio para pasar y no se sabe si el mancebo rodó al fondo de la Caldera.

Cuando al amanecer del día siguiente los pastores de Tenerra y Taburiente subieron a esta cumbre, encontraron el cadáver de la pobre niña, cubierto por la fría escarcha de la



noche e iluminado su rostro por los primeros rayos del sol naciente. Cruzáronle sus pequeñas manos sobre el pecho, cerráronle sus hermosos ojos y, después de una breve oración, partieron con su preciosa carga para darle sepultura en la tumba de sus mayores.

No lejos del *Roque de los Muchachos*, existían, hasta hace pocos años, los restos de una pequeña cruz de madera. En su mismo sitio descansa para siempre la gentil doncella.

Sobre las rocas que le sirven de lecho empezaron a brotar al soplo de la primavera los primeros tallos del precioso pensamiento de la Cumbre, cuyas primorosas flores copiaron el color azul de los ojos de la niña.

El cuerpo del mancebo esta formando parte de una enorme columna basáltica en el fondo de la Caldera. Esta columna, a la cual jamás se han acercado los que diariamente los que transitan estos riscos, tiene la figura de una elegante palmera, cuyas ramas parece a medio cortar.

Es fama —prosiguió el viejo— que en ciertas noches claras y despejadas, veíanse, de tiempo a tiempo, fugaces llamaradas y vivos chisporroteos en la palmera de piedra y sobre las rocas de la pared. No sé si será verdad; pero yo así lo he oído contar a mis antepasados, y puedo asegurar a V., señor, que jamás pasaré solo por esta maldita *Pared del Roberto*.

* * *

Al concluir el viejo tan curiosa narración, me acordé inmediatamente de queridísimo amigo D. Eugenio de Olavarría, tan amante de las tradiciones palmenses.

Si el hubiera oído la historia del viejo, qué buen rato hubiera pasado.

* * *

El que tenga que trasladarse desde Santa Cruz de La Palma al lejano pueblo de Garafía, al cruzar la desierta y penosa *Cumbre de los Andenes*, puede recordar esta pequeña historia y contemplar aún los pequeños retoños de un cedro que corona la *Pared de Roberto*, y en el fondo de la Caldera la elegante palmera de piedra que guarda el cuerpo del héroe de esta leyenda.

El pensamiento azul que brota en la tumba de la niña, es la *Viola palmensis*.

Santa Cruz de La Palma
Elías Santos Abreu

